

que éstas no se abran sino para dejar paso á vuestros amigos y servidores; tomad sobre todo y guardad siempre la llave de nuestras almas. Protegednos del mal, defendednos de los hombres perversos, porque el enemigo nos asedia. Y después, reinad, reinad en nosotros por vuestros beneficios; nosotros os haremos reinar por nuestro reconocimiento.

Tal es nuestra plegaria. Tal es nuestro juramento.

MONSEÑOR BAUNARD

RECUERDOS DE FERNAN CABALLERO

El saber es algo: el genio es más: pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos.

FERNÁN CABALLERO

En el tiempo en que la conocí, contaba ya Fernán Caballero más de setenta años, y era entonces una viejecita pequeña, que no conservaba más restos de la espléndida hermosura de su juventud, que una boca roja y fresca cual si tuviera quince años, y una dentadura blanca, igual y limpia como las teclas de un piano. Tenía los ojos azules, muy alegres y algo papujados, como los de Santa Teresa: la tez era nacarada, con algunas arrugas; los cabellos, blancos sobre su primitivo color, que era dorado, llevábalos formando cocas, con dos ricitos sobre las sienes, de aquellos que llamaban nenes en tiempos de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Su porte era de gran dama, y sus modales medios, reposados y elegantes. Vestía ordinariamente de negro con gran sencillez, pero con suma pulcritud y esmero. Solía decir: "Las jóvenes se arreglan para parecer bien, y las viejas debemos arreglarnos para no parecer mal." Llevaba siempre y á toda hora, colgado del brazo, un bolsito de tafetán negro, que contenía

el pañuelo, las gafas, el rosario y limosnas para los pobres.

Dos retratos auténticos se conservan de Fernán Caballero, que tienen por cierto una historia muy curiosa. Refiriómela ella misma con aquel simpático candor característico suyo, que se observa siempre en las personas de genio muy elevado ó de virtud muy exquisita. Fernán Caballero, á pesar de su superioridad indiscutible, era mujer y "mujer femenina," como decía al rey don Sancho la buena de doña Urraca:

Muy bien sabe el rey don Sancho que soy mujer femenina....

Pues en virtud de esta cualidad tan amable como frágil, recordaba siempre la autora de *Clemencia* y *La Gaviota*, que en su juventud había sido preciosa; veía muy bien que en su vejez no conservaba rastro de aquella espléndida hermosura, y temía pasar á la posteridad como una vieja que nunca había sido joven; una vieja con la circunstancia agravante de literata, que deben ser aquellas que manda el diablo cuando él no puede ir, según el proverbio alemán que aplicaba á Madama de Maintenon la princesa Palatina: "Donde el diablo no puede ir en persona, envía siempre una vieja."

En este apuro imaginó Fernán un medio sencillísimo de conjurar el conflicto. Conservaba un retrato de sus tiempos de Marquesa de Arco Hermoso, en todo el esplendor de aquella belleza que tan gallardamente trazó en *Clemencia*, retratándose á sí misma, sin hermosearse por cierto. "Era, decía, de mediana estatura y perfectas formas; blanca y sonrosada, como un niño inglés; su dorado cabello la cubría toda cuando estaba suelto como un manto real de oro. Sus grandes ojos tenían un señorío dulce y grave, que parecían haber sido colocados por la nobleza en la cara de la inocencia. Su hermosa boca tenía sonrisas de ángel, como las que en la cuna tienen los niños para sus madres."

Era el retrato una preciosa miniatura, mucho mayor que las que ordinariamente se conservan de esa época, y hallábase representada la linda Marquesita con traje de terciopelo negro, diadema y aderezo completo de fantásticos corales. Pensó, pues, con razón Fernán, que conservando sólo este retrato de su juventud, y no permitiendo que se le hiciese otro en su vejez, tendría precisamente que pasar á la posteridad en todo el esplendor de su juventud y su belleza. El cálculo no estaba mal tirado; pero no contaba Fernán con la huésped, que lo fue en este caso un príncipe de regia estirpe.

Un día, allá por los años 1860, recibió Fernán Caballero un convite para almorzar con los infantes Duques de Montpensier, en su palacio de San Telmo. Hallábanse entonces estos señores en el apogeo de la cariñosa popularidad que les conquistaron en Sevilla sus muchas virtudes, tan discutidas después por los políticos, mas no puestas aún, en aquella fecha, en tela de juicio. Reunían los Infantes en su palacio de San Telmo una pequeña corte, remedo de la de Madrid, y era uno de sus principales ornamentos Fernán Caballero, á quien dispensaban entera y cariñosa confianza.

No extrañó, pues, Fernán un convite que con frecuencia se repetía, y acudió al almuerzo sin sospecha de miras ulteriores; llamóle, sin embargo, la atención que al terminar el almuerzo propusiera la Infanta tomar el café en la magnífica galería de cristales que se abre sobre el jardín, toda cerrada de celosías, cosa que de ordinario no se acostumbraba. Llegaron otros dos convites con escasos intervalos de tiempo, seguidos siempre de largas sesiones en la galería de cristales. Nada sospechaba Fernán; pero al cuarto almuerzo, que no se hizo esperar, comenzó á sospechar algo, y más todavía cuando observó el aire de misterio y desasosiego que reinaba aquel día en los de palacio: mirábanse todos azorados y divertidos, como quien espera algo, y hasta en la misma Infanta, cuya gravedad característica la hacía impenetrable, observó por tres veces unas

espantosas ganas de reírse. Estaba allí aquel día el célebre pintor Federico Madrazo, cuyo aristocrático pincel ha inmortalizado, retratándolas, las bellezas más ilustres de su época. Al terminar el almuerzo, creció el desasosiego en todos los presentes; no habló la Infanta de ir á la galería como las otras veces, y el Infante, dirigiéndose á Fernán, le dijo:

—Cecilia, le voy á dar á usted una sorpresa....

Y ofreciéndola el brazo galantemente, llevóla á su biblioteca; siguiéndole todos, con la Infanta á la cabeza y allí ante el pasmo de Fernán, soltáronse las comprimidas risas.... En un lienzo de pared en que se abría una puerta de escape, y cubriendo á ésta mañosamente, había un magnífico retrato de Fernán Caballero, pintado por Madrazo en tres sesiones que correspondían á los tres almuerzos en San Telmo. Mientras los Infantes entretenían á Fernán en la galería de cristales, sacaba Madrazo, tras las celosías, los necesarios apuntes, que luégo completaba con el mágico encanto de su elegante genio. Era el retrato de medio cuerpo, y hallábase Fernán representada tal como era entonces, á los sesenta y cuatro años, y tal como se conservó, con escasa diferencia, hasta la época de su muerte.

Por indicación del Infante, habíala pintado Madrazo con la clásica mantilla española, de que era tan fervorosa entusiasta; esto contribuyó mucho á consolarla de aquella malhadada galantería del Duque de Montpensier, que venía á echar por tierra todos sus bien combinados planes de inocente coquetería póstuma. Indignése Fernán como pudiera ladrar una paloma, que era únicamente como ella pudiera indignarse; tuvo, sin embargo, que disimular su indignación y dar encima las gracias, permitiéndose por todo desahogo el calificar á su vera efigie de "Safo Aburrida," notoria injusticia suya, pues en ese retrato, quizás más que en otro alguno, supo Madrazo trasladar al lienzo la dulce naturalidad grave y señorial, que caracterizó siempre á la antigua Marquesa de Arco Hermoso.

Mas no pararon aquí los disgustos que proporcionó á Fernán Caballero la "Safo Aburrida" del palacio de San Telmo. Un íntimo amigo suyo, noble caballero, valiente-militar y notable poeta, quiso, por cariño á Fernán y por darse el placer de tener su retrato, imitar la galante é im-portuna sorpresa del Duque de Montpensier. Alcanzó, pues, de ésta una copia reducida del retrato de Madrazo, y colocó en su preciosa biblioteca de la calle de San Vi-cente. Súpulo Fernán y acto continuo mandó á un pintor sacar una copia de tamaño natural de la hermosa cabeza de su célebre miniatura, y envióla á su amigo, exigiendo en cambio la destrucción de la "Safo Aburrida," copia de Madrazo....

Muy bien sabe el rey don Sancho que soy mujer fe-menina....

* *

En 1790 dos hermanos alemanes, Gottiet y Juan Ni-colás Bohl, fundaron en Cádiz una casa de comercio. Eran jóvenes, ricos y nobles: mas desavenidos con su madre, Cecilia Lurkens, por su segundo matrimonio con el ilustre Martín Jacok von Faber, realizaron su herencia paterna y abandonaron á Hamburgo, su patria, para fijar su residen-cia en Cádiz, emporio entonces del más floreciente co-mercio:

Era Cádiz á la sazón, como Fernán Caballero le lla-ma, el Rothschild de las ciudades andaluzas, y veíase de ordinario en sus concurridas calles el espectáculo que des-cribe Alcalá Galiano en sus Memorias, de largas filas de robustos gallegos llevando sobre sus pesadas cervices pesa-das talegas de pesos duros.

Los marinos y el alto comercio ponían el tono en el Cádiz de entonces, y juntos con la escasa nobleza gaditana formaban una sociedad aristocrática que hermanaba de-modo admirable la cultura y el arte de la elegancia ex-tranjera con la gracia y la espontaneidad de la elegancia

española. Era aquella sociedad esencialmente española, pero tomaba lo que la embellecía ó agradaba de las cosas de otros países, como se toman ricos esmaltes para hermó-sear una joya de oro puro, sin desvirtuarla. El amor y apego á lo español de los gaditanos de entonces era tan natural, sencillo y sin alardes, como lo es al valiente su de-nuedo, sin pregonarlo; y á las estatuas griegas su belleza, sin adornarlas, y al campo sus flores, sin ostentarlas.

No estaba en los labios el españolismo de aquellos bue-nos gaditanos, sino que estaba en su sangre, en su índole, en sus gustos, y se hacía tan fino, tan amable, tan donoso, tan caballero, se conservaba tanto su precioso tipo meri-dional, que era la admiración y encanto de los extran-jeros.

En Cádiz no reinaba entonces el *spleen*, sino la más franca alegría, identificada con la más exquisita finura; no había clubs ni casinos, sino tertulias; dábanse en el teatro las piezas nacionales de nuestros poetas y entusiasmaban los sainetes de D. Ramón de la Cruz. A las ferias de Chi-clana y del Puerto, brillantes como fuegos artificiales, acu-día toda la sociedad de Cádiz como una bandada de pája-ros de vistoso y dorado plumaje, formando un conjunto tan bello, tan gracioso, tan característico, que Lord Byron, grande é inteligente apreciador de la belleza, exclamaba admirado:

I cannot describe it: so much it strikes. Nor likes it: I never saw the like (1).

Pues la sociedad alegre, culta y eminentemente espa-ñola, abrió de par en par sus puertas á los dos hermanos alemanes. Gottiet, el mayor, enfermo y algo misántropo, la frecuentaba poco; mas el segundo, Juan Nicolás, que llamaban en Cádiz don Juanito, alma franca, cándida y apasionada, dejóse arrastrar por aquel elegante torbellino, y entre su perfumado oleaje encontró á poco su media na-

(1) Tanto admira, que mal puede pintarse, ni á comprenderle acierto: que en mi vida cosa no vi á que pueda compararse.

ranja. Llamábase esta media naranja D.^a Frasquita de Laree; porque el castizo y caballeresco "doña" que usaron las reinas españolas, no había venido á ser entre la gente joven, como lo es hoy, atributo exclusivo de los reumas gotosos y las pelucas empolvadas, sino que se antepóníase siempre al nombre de toda señora, cualquiera que fuese su edad, como un timbre de honor y una señal de respeto.

Casáronse, pues, don Juanito y doña Frasquita, por Marzo de 1796, no sin vencer antes grandes dificultades, porque era doña Frasquita católica ferviente y protestante de buena fe don Juanito.

El tiempo y la ausencia, poderosos disolventes de agravios, habían suavizado de tal manera la tirantez de relaciones que mediaba entre los dos hermanos alemanes, su madre y su padrastro el consejero Jacok von Faber, que al efectuar Juanito su boda, creyóse obligado á emprender el largo y penoso viaje de Alemania, sólo para que su madre conociese y abrazase á su nuera, la inteligente y despierta doña Frasquita.

Era esta señora irlandesa por su madre, la cual había educado esmeradamente en Inglaterra, sin que jamás acertara á separarse de ella ni aun después de casada. Acompañó, pues, á los dos jóvenes esposos en el viaje de Alemania, y fue gran providencia de Dios que así sucediese, porque al atravesar la Suiza, en la aldea de Morques, perteneciente entonces al cantón de Berna, dio á luz doña Frasquita una niña, el 25 de Diciembre de 1796. Bautizaronla en la iglesia de San Juan de Echallens, que era la parroquia más próxima que había, y pusieronle por nombre el de su abuela materna. Cecilia, como consta todo en su partida de bautismo.

Pues esta niña Cecilia, nacida por casualidad en Suiza, hija de padre alemán y de madre española, y nieta por su madre de abuelos irlandeses, fue, andando el tiempo, Fernán Caballero.

LUIS COLOMA, S. J.



ENSAYO SOBRE LA DOCTRINA LIBERAL

por Rafael M. Carrasquilla

~~~~~  
EDICION MADRILEÑA  
~~~~~

Con prólogos del Cardenal Arzobispo de Sevilla, del R. P. Francisco de P. Garzón, de la Compañía de Jesús, y de D. Valentín Gómez, de la Academia Española.

Se vende á \$ 70 el ejemplar

EN LA LIBRERIA DEL MENSAJERO

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA—

CIENCIAS — LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 20 ...

Suscripción por año (adelantada)..... 180 ...

Número atrasado..... 30 ...

Para todo lo relativo á la REVISTA, dirigirse al Administrador. Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario. calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido

No se admiten remitidos ni anuncios.

